





HIJOS DE LA CALLE



Julio A. Carballeira

HIJOS DE LA CALLE



Primera edición: mayo de 2017

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Julio A. Carballeira

ISBN: 978-84-16824-32-8

ISBN digital: 978-84-16824-33-5

Depósito legal: M-11218-2017

Editorial Adarve

C/ Marcenado 14

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España





Prólogo

Como cada noche, Sara estaba sola en casa junto a su hijo. El cabrón de su marido seguramente seguiría emborrachándose en el bar, bebiendo una copa tras otra mientras su mujer hacía la cena y preparaba el baño para Javier que, ajeno a lo que ocurría, jugaba en el suelo con dos cochecitos de plástico que días atrás su padre había encontrado tirados junto al contenedor de la basura. Nada más verlos, pensó en su hijo. Los recogió del suelo, los limpió un poco con el forro de la chaqueta y se los regaló al pequeño. Desde entonces, Javier no se había separado de ellos. Tumbado junto a las piernas de su madre, hacía rodar un coche detrás del otro, simulando una de esas persecuciones que veía en las películas de la tele y que tanto le impresionaban, mientras ésta, cuchillo en mano, acababa de cortar las verduras que echaría a la menestra esa noche. El dinero no daba para mucho más y hasta que la suerte empezara a sonreírles, tenían que apañarse con lo que había.

—Anda hijo, desnúdate. Es hora de bañarse —le dijo la madre dejando el cuchillo sobre la encimera de la cocina.

—Ahora no me apetece, mamá —contestó el crío—. Déjame jugar un poco más.

—Obedece y haz caso a mamá —le pidió—. No hagas que me enfade y te suelte una hostia.

Ante la amenaza, el niño obedeció, se desnudó y fue hacia el baño. Sabía lo que le pasaría si desobedecía. Se metió en la bañera y se bañó él solo mientras su madre ponía la mesa y servía la cena.

—¡Vamos, Javier! —le gritó desde la cocina—. La cena se enfría.

Al escuchar a su madre llamarle, Javier salió de la bañera, se secó con la vieja toalla que compartía toda la familia, se puso el pijama y regresó junto a Sara.

—Mamá, esta sopa está asquerosa —comentó tras meterse la cuchara en la boca y comprobar la insípida menestra que acababa de preparar—. Todas las noches cenamos lo mismo.

—Si no te gusta, te la puedes dejar en el plato. Es lo único que hay. Así que ya sabes. Si quieres te la comes y si no, te puedes acostar sin cenar.

—Pero es que tengo hambre —volvió a decir.

—Entonces cómetela y no protestes. Jodido niño, se cree que esto es un restaurante. Aquí se come lo que hay. ¡Qué más me gustaría a mí tener para un solomillo! Y da gracias a que por lo menos tenemos algo que echarnos a la boca. Que con el vago de tu padre en paro, si comemos es gracias a mí. Así que no lo olvides.

Javier siguió comiendo y no volvió a abrir la boca en toda la cena. Tras acabar de cenar, Sara recogió los platos y los dejó junto al resto de la vajilla sucia que se amontonaban en la pila. Les echó un poco de agua para quitarles los restos de comida y se sentó en el sillón junto a su hijo que, acurrucado sobre ella, reclamaba el amor de su madre.

—Mañana te vendrás conmigo —le explicó Sara a su hijo—. Me tienes que ayudar en unas tiendas.

—Entonces, ¿no voy a ir al colegio? —le preguntó el niño.

—No, iremos juntos y mientras tú distraes al dependiente, yo cogeré lo que pueda.

—Pero yo prefiero ir a clase.

—Yo también preferiría hacer otras cosas, pero la vida es dura y no siempre podemos hacer lo que nos apetece.

No tardó mucho en llegar Juan al domicilio. Borracho como una cuba, al cabeza de familia le costó lograr meter la llave en la cerradura y abrir la puerta. Pero tras varios intentos, finalmente lo consiguió y entró dentro del domicilio.

—Ya estoy aquí —dijo balbuceando al entrar.

Sara se levantó y dejó a Javier, que ya estaba medio dormido, tumbado en el sillón. Fue hasta su marido y se acercó para darle un beso.

—Quita zorra —le dijo apartándola con el brazo—. Vengo muy borracho como para soportarte.

—Siempre estás igual —respondió con desprecio.

—¿Qué has conseguido hoy? —le preguntó el hombre.

—No he conseguido gran cosa. El día no se ha dado bien.

—A ver. Enséñamelo —y se sentó en una de las sillas del salón.

Sara se acercó al armario, lo abrió y sacó de su interior una bolsa de plástico con algunas prendas de ropa dentro.

—¿Sólo has conseguido esto? —cerró la bolsa de plástico y la tiró con agresividad sobre la mesa—. Sacabas más cuando te ibas con el niño a pedir limosna.

—Cada vez las cosas se están poniendo más difíciles —se justificó—. En las tiendas del barrio ya me conocen y en muchas no me dejan ni entrar. Cada vez me tengo que ir más lejos.

—¡Eso no me importa! —dijo alzando la voz—. Búscate la vida. Eres una inútil.

—¿Y tú qué haces? —comenzó a gritar ella—. Todo el día borracho. Te pasas el día en el bar y luego vienes aquí exigiendo. ¿Quién te has creído que eres? —las voces habían despertado a Javier que miraba asustado la discusión entre sus padres.

—No me hables así —se levantó de la silla y se fue hacia Sara—. No te consiento que me hables así.

—Te hablo como lo que eres, un vago y un borracho que no eres capaz ni de ponerte a trabajar para sacar a tu familia adelante. Un mantenido que vives de lo que yo puedo robar. ¡Un mierda!

Juan levantó la mano y abofeteó con todas sus fuerzas a la mujer que gritó de dolor al recibir el primer golpe en la cara.

—Cierra la boca o te la cierro yo a hostias —volvió a amenazarla levantando de nuevo la mano.

—¿Crees que me das miedo? No eres ni un hombre ni eres nada —contestó mientras un hilillo de sangre la caía por la comisura de los labios—. No tienes los huevos que se necesitan para ser un hombre.

—Te voy a enseñar lo que es un hombre —y volvió a abofetearla con más fuerza.

Javier se levantó del sofá y fue a defender a su madre.

—¡No pegues a mi madre! —le gritó y se puso entremedias de ambos.

Sin mediar palabra, Juan golpeó también al crío que cayó al suelo aturdido.

—¡Cómo te atreves! —exclamó mientras iba hacia él—. No tenías que haber nacido nunca. Te tenía que haber matado cuando estabas en

el vientre de esta zorra. Os tenía que haber matado a los dos. Ninguno de los dos merece vivir.

—¡Déjale en paz! —salió en defensa de su hijo la dolorida madre que conocía perfectamente las consecuencias de sus actos.

Y no se lo pensó dos veces. Sara agarró del pelo a Juan y empezó a zarandearle la cabeza intentando así ser ella el objetivo de su odio. Juan volvió a mirarla, la cogió por el cuello y comenzó a golpearla con el puño en la cara. La mujer gritaba cada vez más alto y Juan seguía golpeándola sin piedad. Ensangrentada, se derrumbó. El niño, atónito, salió corriendo hasta una de las esquinas de la habitación y en silencio observaba como su padre, aprovechando que Sara estaba en el suelo, había comenzado a patear a su madre en el vientre y en el pecho.

—¡Ves lo que consigues! ¡Ves lo que me haces hacer! —decía mientras la daba otra patada con más fuerza—. Ya no hablas, ¿eh? Ya no me tocas los cojones —y seguía pateándola con más fuerza mientras la mujer intentaba cubrirse de los golpes.

Viendo que muchos de los golpes iban a parar a los brazos de Sara y queriendo hacer el mayor daño posible, Juan se quitó el cinturón y empezó a azotar a la mujer que seguía gritando en el suelo. Los latigazos llegaban a la espalda y al costado, marcándole la piel con cada impacto. Cuando le fallaron las fuerzas, tiró el cinturón al suelo y jadeante, acercó su cara hasta la de Sara. La agarró por los lados, la miró a los ojos y le dijo en voz baja:

—¿Te gusta ser una puta? Pues te voy a tratar como lo que eres, como a una puta.

La cogió por la cintura, le desabrochó los pantalones, le quitó las bragas y ante la mirada de su hijo, comenzó a penetrarla hasta que se corrió dentro, mientras ella lloraba y se tapaba la cara. Después, la dejó ahí tirada, en el suelo. Se levantó, agarró las llaves, se acercó hasta Javier, le acarició cariñosamente la cara con la palma de la mano y lanzó una última mirada a Sara.

—Ya estarás contenta —le dijo—. Ya has conseguido lo que querías —se dio la vuelta y sin mirar atrás, salió por la puerta.

Sara tardó unos minutos en reaccionar y recomponerse. Se vistió como pudo, se limpió la sangre de la cara y se sentó de nuevo en el sillón. Sin decir ni una palabra le hizo un gesto a Javier para que fuera junto a

ella. Le abrazó y le recostó sobre sus piernas. Luego, cogió la cajita de madera que tenía sobre la mesa auxiliar, la abrió y sacó de su interior una pequeña bolsita blanca con algo de caballo y todo lo demás para hacerlo llegar hasta sus venas. Necesitaba meterse un poco lo antes posible, volar lejos de allí, relajarse y dejar atrás toda la mierda que la rodeaba. Ya no aguantaba más, y el caballo la ayudaría a olvidar.

Introdujo la aguja en la vena, bombeó la heroína hacia la sangre y su vida cambió por unos instantes. De repente ya todo le daba igual. Su miserable existencia había dejado de importarla. Sin fuerzas ni siquiera para quitarse la aguja del brazo, se quedó ahí, recostada junto a su hijo, imaginando un mundo mejor.



Capítulo 1

—Ahora te vamos a llevar a ver al director del centro. Él te dará la bienvenida —le dijo uno de los educadores al joven Javier después de rellenar su registro de admisión.

Salieron del despacho donde se encontraban y cruzaron un estrecho pasillo. El chico, tímido y asustado, caminaba detrás de la pareja de educadores mientras estos hablaban entre ellos de forma distendida y alegre, comentando Dios sabe qué, pero que parecía mucho más interesante que prestar atención al trabajo que estaban realizando y por el que cobraban religiosamente cada final de mes. Javier miraba continuamente a los lados y podía ver a través de los cristales de las puertas las aulas vacías, en donde otros chicos como él estudiaban los días de diario y aprendían todo lo necesario para continuar sus estudios cuando salieran de allí. Sin embargo, a esas horas de la tarde, todos los muchachos se encontraban ya en sus habitaciones, descansando y esperando a bajar al comedor para la hora de la cena. Javier intentaba seguir el ritmo de los educadores, que caminaban rápido y atravesaban las estancias sin hacerle un excesivo caso aunque, de vez en cuando, miraban para atrás para cerciorarse de que el joven muchacho aún les seguía. Acababa de llegar a lo que sería su nuevo hogar y todo era nuevo para él. Con tiempo se acabaría haciendo a su nueva realidad, pero por el momento, hubiera preferido seguir con su familia antes de estar en ese horrible lugar. Solo y sin conocer a nadie. Aun así, no le quedaba otra opción. Un juez había estimado que aquello era lo correcto, lo mejor para el chaval, separarle de su familia y darle una nueva oportunidad alejado de aquel ambiente pernicioso, violento y corrompido en el que se había criado hasta entonces. Lo dictaba la ley y no podía hacer nada para variarlo, tan solo aceptarlo. No le quedaba otra.

Llegaron hasta el despacho del director y uno de los educadores, un tipo bajito con barba y gafas, llamó a la puerta con los nudillos y esperó a que desde el otro lado le dieran el permiso para entrar.

—Adelante —se oyó una voz desde el interior de la habitación.

Abrieron la puerta y pasaron al despacho.

—Siéntate, por favor —le dijo el director a Javier.

El chico obedeció inmediatamente y se sentó en una de las sillas. Cabizbajo, miraba al suelo mientras la otra educadora, una mujer de unos treinta años, con coleta y pelo rubio, le colocaba la mano sobre el hombro intentando así calmarle y darle su apoyo.

—¿Qué te ha pasado en la cara? —le preguntó el director al verle las marcas y los cardenales que aún llevaba de la última paliza de su padre.

El chico, avergonzado, no contestó.

—Son del último recuerdo que le ha dejado su familia —contestó por él el educador—. Al parecer se les iba la mano con mucha frecuencia.

—Lo he leído en el informe —agregó el director—. Pero no te preocupes, eso aquí se ha acabado.

—Sí, con nosotros vivirás tranquilo —añadió la chica intentando así tranquilizarle—. Ya lo verás.

—Déjame que me presente —dijo el director—. Soy el padre Andrés y dirijo esta institución. Y tú eres... —cogió el informe, abrió la carpeta y leyó de la primera hoja—. Javier Laguna Pérez. Encantado de conocerte.

Javier seguía mirando al suelo, dejando muy claro que la nueva situación le superaba por completo.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó el director.

—Trece años —contestó alzando la cabeza y viendo por primera vez la cara del director, con su enorme papada y sus ojos saltones que le recordó a la caricatura de un sapo dibujada en un tebeo.

—Intentaremos que tu estancia en nuestro centro sea lo más placentera posible —el director intentaba expresarse tranquilo y calmado, procurando que, con su voz, el chico se encontrara cómodo y se fuera relajando poco a poco—. Sé que para ti estos momentos son muy difíciles, pero ya verás cómo pronto te haces a tu nueva situación. Aquí lo importante es que te portes bien. Si cumples las normas y no haces ninguna trastada, todo irá rodado. Pronto harás nuevos amigos y te lo

pasarás muy bien. Bienvenido a tu nuevo hogar. Y si necesitas cualquier cosa, pídeselo a cualquiera de los educadores o a mí mismo. Si está en nuestra mano te ayudaremos encantados —las palabras del director habían logrado que Javier se sintiera un poco mejor—. Ahora te llevarán a tu habitación y conocerás a tu compañero. Espero que hagáis buenas migas y que pronto os hagáis amigos.

—Venga, Javier —le animó la educadora y agarrándolo del brazo le ayudó a levantarse de la silla—. Iremos a tu nueva habitación.

Dejaron atrás el despacho del director, atravesaron el patio y entraron en el ala de los dormitorios. Subieron las escaleras y llegaron a la tercera planta, en donde se encontraban las habitaciones de los más mayores. Las puertas de los cuartos estaban abiertas y se escuchaba el ruido salir de las habitaciones: las charlas entre compañeros, los chicos jugando y corriendo por los pasillos, alguna voz de aviso al ver a los educadores...

—¡Chicos, un poco de calma! —exclamó la educadora al ver el escándalo que estaban montando.

—¿Es nuevo? —preguntó uno de los chicos refiriéndose a Javier.

—Sí, hoy se une a nuestra familia —le respondió—. Así que portaros bien y tratadle como es debido.

—Pues pobrecito —dijo haciendo una broma—. No sabe dónde ha venido. Por eso tiene esa cara.

—Sé bueno, Manuel —le respondió el otro educador—. Y recuerda tu primer día. Tú estabas igual que él o incluso peor.

Javier no decía ni una palabra, tan solo miraba a su alrededor con curiosidad y miedo. Todo aquello era nuevo para él. Le habían sacado de su hogar y, aunque también le habían sacado del infierno en el que vivía, le habían llevado lejos de lo único que conocía. Ahora todo era nuevo para él y estaba asustado. Por eso, cuando llegaron a la que iba a ser su habitación, miró de arriba a abajo a su compañero de cuarto y cuando este le devolvió la mirada, volvió a bajar la cabeza y a mirar al suelo.

—Te traigo a tu nuevo compañero. Se llama Javier —les presentó la chica—. Y este es Kike.

—Hola —contestó el chico que estaba tumbado sobre la cama.

—Haz que se sienta cómodo —añadió.

—Esta será tu cama —intervino el otro educador señalando la que estaba libre—. Puedes dejar tus cosas en ese armario.

Javier dejó la maleta que llevaba sobre la cama y se sentó al lado. Dio la vuelta a la maleta, abrió la cremallera y empezó a sacar sus cosas tal y como le habían dicho.

—Bueno, nosotros nos vamos. Kike te acompañará hasta el comedor cuando llegue la hora de cenar. Si necesitas algo, ya sabes... puedes pedirnoslo.

Los dos educadores salieron del cuarto y Javier se quedó colocando sus cosas dentro del armario. Kike, que no le quitaba el ojo de encima, había cerrado el cuaderno en donde estaba dibujando y ahora se entretenía en mirar cómo Javier colocaba temblorosamente las cosas sobre las baldas de madera.

—O espabilas o te van a comer vivo —le comentó viendo el estado de nervios en el que se encontraba—. Has llegado hoy, ¿no?

—Sí —respondió sin añadir nada más.

—Y, ¿ya has conocido al director?

—Sí, acabo de estar con él —volvió a responder.

—¿Qué te ha parecido?

—Parece buena persona.

—No te fíes de él. Es un hijo de puta —le contestó sin tapujos—. Intenta mantenerte lo más lejos posible de su alcance. Si te quedas a solas con él es peligroso. Parece buena persona, pero es un cabrón. Como todos los que están aquí. Este sitio es una mierda. Ya lo comprobarás por ti mismo.

Cuando Javier acabó de colocar sus cosas en el armario, cerró de nuevo su maleta ya vacía y la dejó entre la mesa que había en la habitación y la pared blanca pintada a gotelé. Después se sentó en la cama y se derrumbó.

—¿Qué pasa? —le preguntó Kike—. ¿No irás a ponerte a llorar?

—Yo no quiero estar aquí —comenzó a sollozar—. ¡Quiero volver con mi familia! —y rompió finalmente a llorar.

Kike se levantó y cerró la puerta del cuarto.

—Pero, ¡qué haces! —le dijo—. Si te ven llorar estás perdido. Tienes que ser fuerte.

—¡Quiero irme de aquí! ¡Quiero irme a mi casa! —repetía Javier una y otra vez entre lágrimas.

Capítulo 2

La noche fue larga y dura y Javier se la pasó llorando, cubriéndose la cara con la almohada e intentando inútilmente que Kike no le oyera. Constantemente recordaba a sus padres y deseaba volver a casa. Su padre era un cabrón y un borracho que cada dos por tres le partía el lomo sin necesitar ninguna excusa para ello, y su madre era una yonqui que anteponeía su amor al caballo a los sentimientos que tenía hacia su hijo. Eran incapaces de cuidarle, pero era lo único que conocía. Eran sus padres y les quería. Un juez había decidido que por el momento no debía volver a verles. Era una mierda que no aceptaba. Sólo quería llorar y estar con ellos. Salir de aquel centro y que las cosas volvieran a ser como antes. Pero, aunque le jodiera, sabía que eso era imposible. Le costó pasar toda la noche en vela, dándole vueltas a lo mismo, pero al final lo aceptó. Tenía que apechugar con lo que había. Echarle huevos y tirar para adelante. Ser valiente. Ser un hombre. Así que se secó los ojos y decidió no volver a mirar para atrás, no volver a llorar nunca más.

Cuando dieron las ocho, se duchó, se vistió y bajó con Kike a desayunar. Pronto se separaron y Javier se quedó sentado en una mesa común, rodeado de gente a la que no conocía, mirando su tazón de leche mientras escuchaba las conversaciones de los demás sin prestarles excesiva atención. La media hora del desayuno se la pasó así, ensimismado y a lo suyo, sin importarle nada de lo que sucedía a su alrededor. Poco después, sonó la sirena. Era hora de entrar en clase. Recogió su bandeja y fue hasta el aula. Se sentó en la última fila y estuvo las dos horas escuchando la retahíla del profesor, más pendiente de lo que pasaba por la ventana que de lo que se estaba tratando en clase, pero sin llamar la atención en ningún momento, pasando completamente desapercibido. Cuando de nuevo sonó la sirena que marcaba el inicio del recreo, se levantó del pupitre y salió al patio.

Desde que había llegado el día anterior, Javier andaba solo por el centro y tampoco tenía muchas ganas de hacer nuevos amigos. Aún no conocía a nadie, salvo a Kike, con el que había cruzado algunas palabras, pero poco más. Por el momento, prefería seguir solo. Había algo en esos muchachos que no le gustaba. Demasiado espabilados para su edad y muy distintos a lo que Javier estaba acostumbrado. Pero sabía que tarde o temprano tendría que adaptarse. Si seguía mucho más tiempo yendo a lo suyo, corría el riesgo de que le encasillaran como al raro del centro y que le marginasen. Y eso le dificultaría mucho su estancia. No sabía cuánto tiempo permanecería en ese lugar, pero fuera el tiempo que fuese, tenía que estar lo más cómodo posible para lograr sobrevivir. No tenía ganas de luchar, pero no le quedaba otra. Así que comenzó a observar a aquellos chavales. Ver de qué palo iba cada uno y luego elegir. Intentar no meterse en líos y hacerse con un grupo de confianza. Chicos con los que sentirse seguro. Ese era su propósito.

Se situó en uno de los laterales del patio. Al aire libre y rodeado por los edificios del orfanato, el recinto tenía forma rectangular. A ambos lados, estaban las porterías de fútbol sala, y algunos chicos jugaban al balón mientras otros hablaban en grupos. Javier se tomó unos instantes y miró a cada uno de esos grupos. No podía seguir siendo tan tímido. Tenía que tomar la iniciativa y presentarse. Pero, ¿a dónde se dirigiría? No lejos de él había cuatro chicos hablando entre ellos. Le llamó la atención la seguridad que mostraban. Parecía que llevaban en el centro toda la vida. Se les veía cómodos, completamente adaptados. Parecían los reyes del cotarro y no se equivocaba. Estuvo observándoles un buen rato. Quería ver cómo se movían, qué hacían, cómo se comportaban. Estos chicos fijaron su atención en otro muchacho. Era pelirrojo, tenía el pelo corto y la cara llena de pecas. Iba andando por allí y, cuando llegó a su altura, uno de los muchachos del grupo le agarró por el brazo e hizo que se detuviera. No podía escuchar la conversación, pero parecía como si los chicos se estuvieran metiendo con él. Humillado intentaba sin éxito marcharse de aquel grupo y continuar su camino, pero no le dejaban. Seguían metiéndose con él y habían comenzado a empujarle. Javier seguía mirando, observándolo todo. Estuvieron así un par de minutos, hasta que, por fin, el chico pecoso logró escabullirse. Los cuatro chicos reían y seguían hablando entre ellos. Uno le gritó algo y todos rieron

más fuerte. Sin duda era la clase de personas que a Javier le interesaba tener como amigos. Sorprendentemente, Kike pasó por detrás de ellos y se paró a saludarles. Por la forma de hablar parecía que eran íntimos amigos. Chocaban la mano con Kike y este parecía estar en su salsa entre aquellos chavales. Estuvieron hablando un rato y de repente, Kike giró la cabeza y pudo ver a Javier observándoles. Javier miró para otro lado, intentando que Kike no se hubiera dado cuenta. Pero no fue así. Cuando volvió a mirarles, Kike levantó su brazo y le hizo unas señales con la mano para que se acercara.

—¡Javi, ven aquí! —le gritó.

Era la oportunidad que estaba esperando. Sin pensárselo dos veces, Javier se acercó hasta el grupo y les saludó al llegar.

—¡Qué hay! —les dijo mirándoles a la cara.

—Este es Javi —añadió Kike dirigiéndose al grupo—. Llegó ayer. Es mi nuevo compañero de cuarto.

—Hola Javi —dijo uno de ellos—. Soy Manu.

—Este es el Piñata —continuó diciendo Kike—, el gordo es Loren y el otro es Vicente.

—Hola a todos —volvió a saludar nuevamente.

—¿Por qué estás aquí? —le preguntó el Piñata.

—Pues, ¿por qué va a estar? —le interrumpió Kike sin dejarle responder—. Porque su vida es una mierda. Como la de todos nosotros.

—Y, ¿qué te parece esto? —le preguntó Vicente.

—No lo sé —contestó—. Acabo de llegar. Todavía no me ha dado tiempo a ver mucho.

—Tampoco hay mucho que ver —añadió Manu que parecía el líder del grupo—. Aquí todo son reglas y normas. Que no hagas esto, que no hagas lo otro...

—Pero nosotros hacemos lo que nos da la gana —intervino Loren.

—Sí, todo el día castigados —siguió Manu.

—Y los castigos son duros —añadió Vicente—. Son unos cabrones de cuidado.

—Sí —confirmó Kike—. Ya te avisé ayer.

—Si te pasas, los cuidadores te meten de hostias —explicaba el Piñata.

—Y el perro... —dijo Manu.

—¿Quién es el perro? —preguntó Javier.

—El padre Andrés —le aclaró Manu—. El mayor hijo de puta que he conocido.

—Ese prefiere la silla —concluyó Loren.

—¿Y qué es la silla? —volvió a preguntar Javier.

—Mejor que no lo sepas —le avisó Kike.

—No deja marcas —continuó Manu—. Pero prefiero mil veces que me den una paliza a que me sienten en la silla.

—Tú y cualquiera —siguió diciendo Kike—. No te jode.

—Pero a nosotros nos tocan los cojones —sentenció Vicente—. Hacemos lo que nos da la gana.

—¡Chicos! —exclamó Manu cambiando de tema—. Me apetece hacer un cascahuevos.

—¿Qué es eso del cascahuevos? —preguntó Javier con curiosidad.

—Ahora lo verás —le contestó Manu.

—¿A quién se lo hacemos? —preguntó Loren.

—Mira, ahí está el gilipollas de Gonzalo —dijo el Piñata señalando a un chico alto y desgarbado.

—¿Vamos a por él? —volvió a preguntar Loren.

—¿Veis a algún cuidador? —preguntó Manu.

—No hay ninguno —respondió Vicente mirando a su alrededor—. Estarán todos cascándose.

—Pues vamos —confirmó Manu.

Rápidamente fueron hasta el chico y entre todos le rodearon. Uno de ellos le dio un empujón y Gonzalo cayó al suelo. Cuando estaba en el suelo le cogieron entre los cinco, agarrándole en volandas por las piernas y por los brazos, le llevaron hasta uno de los postes de la portería de fútbol sala y situaron el poste entre sus dos piernas. Entonces comenzaron a gritar:

—¡Cascahuevos! ¡Cascahuevos!

Javier, en primera fila, miraba lo que hacían sin atreverse a participar y muchos de los chicos que estaban en el patio comenzaron a situarse alrededor de los muchachos y se unieron al grito.

—¡Cascahuevos! ¡Cascahuevos!

Con Gonzalo cogido entre Manu y los suyos, comenzaron a tirar de él y a estirar de sus piernas de tal forma que cada vez que estiraban, el poste le golpeaba en sus partes, cascándole literalmente los huevos

contra el poste. Entonces, los chicos echaban el cuerpo de Gonzalo para atrás y volvían a repetir la operación. Poco a poco, los que estaban mirando, se unían al espectáculo y cada vez había más chicos agarrándole las piernas a Gonzalo y tirando de él hacia el poste. Éste no dejaba de gritar y pedía por favor que le soltasen, pero sus gritos se quedaban mudos entre las voces de la muchedumbre que reía y seguía gritando:

—¡Cascahuevos! ¡Cascahuevos!

Al ver que todos participaban, Javier se unió al grupo. Le agarró también por una de las piernas y estiró de él con todas sus fuerzas.

Cuando se cansaron, soltaron a Gonzalo en el suelo y entre carcajadas volvieron al centro del patio donde siguieron hablando.



Capítulo 3

Sentado en la sala de espera, Javier aguardaba a que el psicólogo del centro saliera de su despacho y le hiciera pasar. Nunca antes había ido a un psicólogo y no sabía qué esperar. Lo único que conocía de la psicología era lo que había visto por la televisión. «Los psicólogos son para los locos —pensaba—. Y yo no estoy loco. ¿Qué querrá este hombre de mí? ¿Qué he venido yo a hacer aquí? ¿Por qué no me dejan entre mis amigos? ¿Habré hecho algo malo?». Un sin fin de preguntas se amontonaban en su cabeza, pero lo único que podía hacer para darles respuesta era esperar y ver por dónde salía todo aquello. Finalmente, y tras unos largos minutos de espera, se abrió la puerta y salió el psicólogo a buscarle.

—¿Javier Laguna? —preguntó al verle.

—Sí, soy yo —contestó.

—Pasa, por favor.

Javier pasó a la consulta y se sentó en la silla que había frente a la mesa del psicólogo, que también tomó asiento. El chico se tomó unos instantes para observar a aquel curioso hombrecillo que le había hecho pasar a su despacho. Tendría unos cuarenta y cinco años y parecía un soltero empedernido que nunca había catado mujer. Con gafas y barba descuidada, tenía aspecto de empollón. Pero no de esos que se pasan todo el día con la nariz metida entre los libros. Más bien parecía ser una de esas personas curiosas que por necesidad tienen que saciar sus continuas ansias de conocimiento.

El psicólogo también observó por unos instantes a Javier. Luego cogió una carpeta, sacó un folio en blanco de su interior, cogió el bolígrafo que había sobre la mesa y lo apoyó sobre la hoja para empezar a tomar notas de la entrevista en cuanto lo necesitara.

—Bueno, Javier. Es la primera vez que nos vemos, ¿no?

—Sí —contestó mientras miraba los títulos y diplomas que el psicólogo tenía colgados a su espalda.

—Me llamo Roberto —continuó diciendo—. Me gustaría hacerte unas preguntas.

Javier le miró a la cara y esperó a que siguiera hablando.

—Ya llevas algún tiempo con nosotros, ¿no es así? —le preguntó.

—Sí —respondió el chico.

—Por lo que veo en tu informe, llevas algo más de una semana. ¿Qué te parece esto?

—No lo sé. Algunos cuidadores están muy encima de nosotros. No nos dejan hacer casi nada.

—Tienes que comprender que es por vuestro bien. Es bueno que os sintáis protegidos y apoyados en todo momento. ¿Has tenido algún problema con algún cuidador? ¿Te has metido en algún lío?

—No, no he tenido problemas —Javier estaba nervioso y constantemente se tocaba las manos por debajo de la mesa.

—Tranquilo, Javi —le dijo el psicólogo al darse cuenta—. ¿Puedo llamarte Javi? —le preguntó.

—Sí —contestó subiendo ligeramente los hombros como si realmente le diera igual cómo le llamara. Simplemente quería acabar con esa entrevista tan incómoda cuanto antes y regresar a las zonas comunes.

—Está bien, Javi. ¿Has hecho ya amigos?

—Sí, tengo algunos amigos.

—¿Con quién te juntas?

—Con Kike, mi compañero de habitación y con otros chicos —el psicólogo iba tomando nota según iba hablando Javier, lo que le ponía incluso más nervioso.

—¿Y qué tal se portan contigo?

—Bien, son mis amigos —Javier no entendía bien la pregunta.

—¿Os lleváis bien?

—Claro —volvió a confirmar.

—¿Y qué soléis hacer?

—Vamos por ahí, hablamos, jugamos al fútbol... No sé.

—¿Son buenos amigos?

—Sí.

—Eso es muy importante —decía—. Está muy bien que tengas buenos amigos.

—Vale —contestó Javier sin saber muy bien qué decir.

—¿Te encuentras triste? ¿Lloras a veces?

—No.

—Necesito que seas sincero conmigo. Yo estoy aquí para ayudarte y si me mientes no puedo ayudarte.

—Bueno, al principio cuando llegué sí estaba un poco triste y lloraba. Sobre todo, la primera noche. Ya no lloro —y era sincero—. Pero de vez en cuando me encuentro triste.

—Es bueno que en esos momentos que estás un poco triste hagas cosas para no estar pensando y dándole vueltas a la cabeza, que no te lleva a ningún sitio —le aconsejó—. Estate entretenido, te ayudará a no pensar. Piensa que estás aquí por tu bien —seguía explicándole—. Para sacarte de la situación familiar en la que vivías, que no era la más adecuada para ti. ¿Echas mucho de menos a tus padres?

—Sí, todos los días. Me gustaría volver con ellos.

—Ya sabes que eso no puede ser. Es normal que les echas de menos, pero ya verás cómo poco a poco te vas encontrando mejor.

A Javier se le empezaron a humedecer los ojos pensando en sus padres y con todas sus fuerzas hizo el esfuerzo de no echarse a llorar.

—Bueno, hemos acabado por hoy —dijo finalmente el psicólogo—. Me ha encantado conocerte. Ya nos veremos más a menudo. Ahora puedes irte.

Javier se levantó y salió de la habitación. La entrevista con el psicólogo no le había sentado del todo bien. Se sentía alicaído y algo apagado. Necesitaba encontrar a sus amigos y pensar en otra cosa. A esas horas, seguro que estaban en la sala de juegos, así que fue a buscarles. Dejó aquella zona del edificio, cruzó el patio que a esas horas estaba vacío y fue hasta la sala de juegos. Allí, cerca del futbolín, encontró a Kike y a los demás.

En la sala de juegos los chicos tenían a su disposición distintos entretenimientos con los que divertirse. Juegos de mesa, cartas, ping-pong y el siempre deseado futbolín, el preferido por los muchachos en donde disputaban competiciones para ver quién era el mejor. A esas horas, la sala estaba a rebosar. Los chicos se amontonaban alrededor de los

juegos, unos simplemente mirando y los otros participando de las actividades. El ambiente estaba muy animado, aunque por suerte, los dos educadores que vigilaban no tenían excesivo trabajo y charlaban entre ellos.

Nada más ver Javier a sus amigos fue a reunirse con ellos. Estaban hablando entre ellos, pero en cuanto llegó Javier, pasó él a ser el centro de atención.

—¿Qué tal con el psicólogo? —le preguntó Vicente.

—Un coñazo —contestó—. Me ha preguntado de todo. Yo no sé qué le importará mi vida.

—Sí, está todo el día igual —intervino Kike—, metiéndose en lo que no le importa.

—Yo creo que se le pone dura con nosotros —dijo Manu.

—Y esa pinta que tiene —añadió Loren—. Es muy raro.

—Pues a mí me cae bien —les cortó el Piñata—. Me parece muy majo.

—Es como todos —le corrigió Kike—. Siempre está todo el día diciéndote lo que hay que hacer. Lo que está bien y lo que está mal. Que me dejen vivir en paz. Bastante tenemos con estar aquí metidos como para encima tener que estar aguantando su chapa. No lo soporto.

Mientras estaban hablando pasó por medio del grupo ese chico pecoso al que habían humillado días atrás. Nada más verle, Javier le reconoció y aunque el chico iba a lo suyo y sin meterse con nadie, sólo por pasar delante de ellos fue suficiente ofensa como para que Manu se fijara en él y le detuviera cogiéndole del brazo.

—¿Dónde vas? —le preguntó—. ¿No has visto que estamos aquí?

El chico no quiso contestar.

—¿No te dije el otro día que no quería volver a verte? —le advirtió.

—Es gilipollas —se metió Vicente en la conversación—. No le ves la cara que tiene.

—Sí —añadió Loren—. Es tonto del culo.

El chico, cabizbajo, miraba al suelo e intentaba largarse de allí lo antes posible.

—Es que no te aguanto —seguía diciéndole Manu—. Es superior a mí. No puedo contigo.

—Pero, ¿qué os he hecho yo? —dijo por fin—. ¿Por qué no me dejáis en paz?

—¡Que no te tragamos! —continuó el Piñata—. Nos das asco.

—Eres un pelota —le explicada Manu de malas maneras—. Estás siempre riéndoles las gracias a los profesores. Das asco, pelota.

—Dejadme en paz —les pidió mientras comenzaba a hacer pucheros.

—¿Qué te dejemos en paz? —Manu, que aún le tenía cogido del brazo, comenzó a zarandearle—. No te vamos a dejar tranquilo. Vamos a ser tu pesadilla.

—¡He dicho que me dejéis en paz! —y con un movimiento brusco se soltó del agarre de Manu.

—Mira, se pone gallito —comentó Loren entre risas.

—¿Te pones bravo? —Manu miró a su alrededor, buscó dónde estaban los educadores y confirmó que ninguno estaba mirando hacia ellos—. Te voy a enseñar lo que es ponerse bravo —abrió la mano y le golpeó en la cara.

El chico quiso defenderse y agarró a Manu de la ropa, intentando forcejear. Pero en lugar de servirle para que le dejaran en paz, empezaron a caerle una lluvia de bofetadas, patadas y golpes que sólo concluyeron cuando los educadores se dieron cuenta de lo que estaba pasando y fueron a separarles.

